

¿Y la ilusión?

Blanca Estela Macías Gallegos

—¿Qué pasó?! ¿Por qué regresaste tan pronto? —preguntó la cubana asombrada.

—¡Porque me robaron, por eso! —contesté con una mezcla de rabia y pena, a punto de llorar de coraje.

—¿Cómo que te robaron?! —dijo apesadumbrada e incrédula.

—Así es —contesté derrumbándome en una silla, todavía con la impresión a flor de piel y temblando de nervios, disgusto e impotencia.

—Toma, para que te calmes —me dio una coca y se sentó frente a mí, para escuchar lo que me pasó.

—Me fui a tomar el camión donde me dijiste y al ver que ya venía me incliné a sacar el dinero para pagar, pues no me gusta sacarlo arriba, porque los choferes son muy cafres y te tiran con el arrancón; en eso estaba cuando sentí un empujón y en lo que caía y no caía se fueron corriendo tres cholos con mi bolsa que me habían arrebatado... y eso que no llamaba mucho la atención —contestó un poco más calmada.

—¿Y qué piensas hacer? Si quieres te llevo a poner la demanda.

—¿Y a quién demando? Si los cholos son como los negros o los tarahumaras: todos son iguales, no tienen algo en particular que los distinga; además no les vi la cara, pues estaba agachada sacando el dinero para el camión.

Ahí, en un segundo o dos, se fueron todos mis esfuerzos de años de trabajar de día y de noche; todo para poder juntar dinero y venir a Chihuahua a poner un negocio de comida que era en lo que yo quería invertir y dejar de tener jefe, que de eso ya estaba hasta la coronilla y quería ser independiente. En un segundo me

quedé sin esperanza de nada, pues no me dejaron ni para el camión. Estaba en casa ajena con un hijo que ya iba a entrar a secundaria, sin dinero, sin trabajo, sin nada. Sin ilusiones porque hasta eso me arrebataron los malvados.

¿Qué hacer? Es difícil, después de haber tenido todo, de pronto verte sin nada y tener que hacerte la fuerte porque eso de ser padre y madre a la vez te acostumbra a esconder tus emociones; porque en tu papel de padre tienes que ser el sostén, la fuerza, no mostrar debilidad, pero a la vez eso también te prepara para tomar decisiones pronto y eso fue lo que hice.

Dice el dicho que el muerto y el arrimado a los tres días apestan ¡Y es verdad! Yo había llegado a esta ciudad sólo con mi maleta, mis sueños y ocho mil dólares que había podido juntar después de trabajar de día y de noche, como ya lo dije anteriormente. Llegué a la casa de mi amiga la cubana porque nos íbamos a asociar para poner algo y nos inclinábamos por la comida y con ese dinero podíamos empezar. No eran las grandes cantidades pero con lo que pusiera ella más lo mío, pues ya estaba hecho.

Recién que llegamos mi hijo y yo, pues todo era paseo: íbamos al cine, a comer fuera, en fin... y como la visita no se quería sentir una carga era la que pagaba todo. Pero ante esta situación le comenté a mi amiga que si no encontrábamos local pronto, mejor sería que guardara el dinero en el banco para que no se me mermara mucho. Ya ella me había ayudado a conseguir casa cerca de su colonia; unos conocidos de ella accedieron a rentármela por un tiempo, ya que tenían planeado venderla pronto pues no pensaban venir a vivir aquí y era mejor deshacerse de ella antes de que se destruyera. Hicimos el trato por teléfono y yo les deposité un año de renta y por lo pronto no iba a tener ese problema; también me comprometí a pintarla y hacerle los arreglos que fueran necesarios, pero ante esta situación tan penosa... ya cómo.

Sin dinero como que la amiga ya no era muy bienvenida y empezaron las caras, las quejas de los gastos, de lo caro que estaba todo... En fin, para qué cuento tanto si todos sabemos cuando

no somos gratos. Entonces me acordé que ya tenía dónde vivir, aunque el lugar estuviera vacío. Tomé a mi niño de la mano, busqué las llaves y me fui a la casa que había rentado. Era enorme y el barrio no estaba tan feo, ni lejos del centro; la parada del camión estaba a dos casas de la mía; tenía agua, aunque no luz, y faltaba lo elemental: dinero y trabajo.

Así las cosas, hice lo que creí que era lo mejor: mandé a mi hijo de regreso para que empezara la secundaria en mi rancho, con la promesa de que en cuanto tuviera un buen trabajo y dinero me lo traería de regreso conmigo. Todo esto se lee fácil, pero no saben lo que me costó asimilar mi nueva vida; soy pésima para dormir en el piso, ahí lo hacía; en las noches leía con veladora pues duré dos meses sin luz, no me la podían conectar porque tenía que sacar el tubo fuera del cerco y yo no tenía dinero para pagar eso, el contrato sí lo hice pero lo demás no podía hasta que conocí a alguien que había trabajado en la CFE y él me ayudó a que me conectaran la luz.

No tenía un solo mueble, me bañaba con agua fría, comía sentada en el piso. Un sábado yo sólo disponía de siete pesos para pasar ese día, domingo y lunes. ¿Qué hice? con esos siete pesos compré medio kilo de tortillas de maíz y mi coca. Mi desayuno era una tortilla con salsa valentina, mi comida salsa valentina con tortilla y mi cena las dos cosas. La coca de 600 mililitros me duró un día y medio. A mí, que no me gusta mucho la tortilla de maíz, me sabía a gloria y cada vez que enrollaba una me solidarizaba con mis hermanos de Chiapas y comía lo que es habitual para ellos.

Sí tenía amigos aquí, pero ellos ni cuenta se dieron de mi situación o si supieron lo disimulaban muy bien. Como yo vengo de un lugar donde la gente es muy solidaria, pues resentía todo esto; allá no puede uno ver a un amigo caído porque inmediatamente le tiende la mano. El único que sabía mi situación era un amigo y sí me tendía la mano cada vez que podía, pero no iba a estar esperanzada a eso ¿verdad? A mi familia no quería recurrir,



así que me las arreglé como pude para salir del bache tan profundo en el que había caído.

En una ocasión que fui a hacer una entrevista a una amiga de mi hermana, ella me preguntó qué hacía los domingos y le dije que nada; leía un poco, pues no tenía radio, ni tele. Como ella tenía un restaurante me ofreció trabajo los domingos, no era mucha la paga pero se podía sacar un poco más con las propinas y acepté encantada, pues al menos ese día sí comería y con lo que sacara tendría para poder comer el resto de la semana.

Duré en ese trabajo cuatro años; ya no sólo era los domingos sino toda la semana y llegué a ser la encargada del changarro y me gustaba serlo, ya que era lo que yo quería hacer cuando llegué aquí y aprendí muchísimo de todos, porque yo sí aplico lo que nos dice San Pablo: “De lo malo, tomen lo mejor”. Lo difícil era que tenía tres jefes y el que sirve a dos años con uno siempre queda mal, y me tuve que ir.

Ahora tengo a mi hijo conmigo, ya tiene dos años aquí. Nunca me pude traer los muebles de mi casa, pero tengo lo necesario para vivir cómodamente y sobre todo no duermo en el piso (nunca me pude acostumbrar a hacerlo).

He hecho buenos amigos en el tiempo que tengo aquí, al menos eso creo; y ellos suplen en cierta forma a la familia que no tengo. A veces me desespero y quisiera regresarme a Phoenix, Arizona, pues siento que aquí no avanzo nada; sólo que mi niño no me quiere seguir y eso es lo que me tiene atada aquí.

¿Qué aprendí de toda esta experiencia? Que se puede vivir perfectamente con sólo lo indispensable, sin acumular muchas cosas materiales; que lo único que cuenta es la voluntad de hacerlo.